

# La poesía como evasión

(Especial para esta Revista)

En el año de 1918 había adquirido el mundo una fisonomía inusitada. Las consecuencias de la gran guerra propiciaron una era de relatividad en los conceptos y de frivolidad ante la vida. Era necesario borrar el recuerdo de la tragedia, libertarse de la pesadumbre que tan espantosa catástrofe había dejado en los espíritus. Epoca de aturdimiento, de quebrantamiento de todos los valores, amó frenéticamente la vida en sus formas exteriores, pero perdió la fe en ella. El himno fue reemplazado por el minuto de silencio, el conductor antiguo por el soldado desconocido, la patria real por una utópica sociedad de naciones.

Surgió una literatura pacifista dolorida y brutal; se inició el experimento soviético y en él buscaron los hombres de avanzada una guía y una meta para el futuro incierto. Era necesario renovar las formas de la vida, destruir un pasado cuyo recuerdo doloroso se hacía intolerable, buscar un mundo nuevo en el caos verbalista de ideólogos y escritores, y en el caos sensorial del *jazz-band*, el vanguardismo y las modas.

Pero la vida, lo eternamente humano, permaneció incommovible. Vino la reacción vital en todos los campos. Un afán de orden, de superación, de imperio surgió del desorden, la frivolidad y la negación. Se renovaron las formas, no la esencia. Y un reajuste de consecuencias inciertas convulsiona todavía un mundo que no ha logrado encontrarse.

El arte de post-guerra fue un arte atolondrado, un aspaviento lírico, genuino fruto del caos, que fugándose de la raíz humana quiso ser flor del aire, derivación humorística

del hombre desconcertado ante su propio espectáculo. Fue un juego, en la más extensa significación de esta palabra, que compendia un momento histórico en que se quiso burlar lo trascendente.

Ya desde la aparición del simbolismo la poesía se había hecho hermética y misteriosa. Pero el simbolismo era un fruto de cultura, mientras el vanguardismo era un fruto de civilización. Uno y otro situaron al artista en zonas de penumbra. Pero el simbolismo fue un vínculo de alianza entre lo espiritual y material, mientras el vanguardismo fue sólo un registro inteligente del caos. Se despreció el ritmo y se abolieron las formas: el ingenio reemplazó la sensibilidad. ¡Pero qué fondo romántico, qué tristeza fundamental encubría la pantomima de vanguardia! Uno no puede menos de pensar en las piruetas del payaso enharinado, en la tradicional tragedia del héroe de Circo. El que recibe las bofetadas, título síntesis de la gran farsa de Andreiev, parece ser la posición exacta de este intelectual de post-guerra.

Simbolismo y vanguardismo facilitaron la evasión del poeta. Valery hizo un arte matemático, inhumano; buscó refugio en el no-ser. Max Jacob, Cocteau, la vanguardia, se adentraron en el mundo del subconsciente y se defendieron de la vida con el huidizo estoque del ingenio.

¿Pero es posible evitar la vida? El mismo Valery, esa "inteligencia desolada", como le llamó André Rousseau, nos lo dice en un verso: "*le vent se lève... il faut tenter de vivre*". Intentar la vida, posición inicial hacia una rectificación que los acontecimientos de los últimos años nos vienen demostrando. La humanidad busca la seguridad del dogma, la afirmación violenta, el hecho imperante sobre la idea y la teoría. El hombre halla su voz, nuevamente, en los finos labios de la espada.

Así, el poeta sigue ausente. Si interviene, lo hace por medio de una poesía social que tiene más de arena que de arte. Se divide en bandos y en clases, abandera causas del momento. Pero el hombre que vive y sufre en los distintos campos, la realidad humana, dolorosa y sencilla, carece de un intérprete. En Colombia, la moda vanguardista tuvo características diversas. Se presentó en la mayoría de los es-

critores como un simple movimiento literario, sin correspondencia directa con la realidad vital que lo hizo prosperar en Europa. Maya y De Greiff, exponentes máximos del grupo poético de "los nuevos", no corresponden, realmente, a un concepto de vanguardia. Pero ambos son, por opuestas consideraciones, voces individuales, deliberadamente fugadas a la inteligencia. Posteriormente apareció en las letras nacionales otro gran poeta, Eduardo Carranza, fugado hacia lo alto, como Maya lo fue a la serenidad estética y De Greiff a lo melancólicamente arbitrario.

Voy, pues, a referirme especialmente a estos tres escritores:

"Aventura hacia lo absoluto", llamó Pedro Salinas a la poesía. Concebida así, la poesía tiene un doble carácter de riesgo y de elación y excluye la contemplación serena del motivo, la ponderación en lo emocional, el ritmo sosegado en la forma.

"Con el compás del verso clásico" midió Rafael Maya su emoción poética. No es un escritor arrebatado, cercano a la angustia humana, como lo es, por ejemplo, Porfirio Barba Jacob.

Desde los sonetos de "La vida en la Sombra", hasta los poemas dialogados de su último libro, Maya nos conduce serenamente en una barca, que evita tempestades, con la solemidad de esos grandes trasatlánticos, en donde todo está calculado y medido con precisión matemática y que apenas si producen una leve inclinación sobre la revuelta indecisión de los oleajes.

Novedoso en la imagen, admirable modelador del verso, ya sea este libre o ajustado a las reglas tradicionales, Maya, sin embargo, no hace de la poesía una aventura. No es que carezca de sensibilidad; por el contrario, si nos adentramos en su obra hallamos versos de sorprendente sinceridad en los que un temblor apagado nos demuestra todavía la existencia de la hoguera.

Hay en Maya un amor por la vida que lo distancia de los poetas románticos. Los fenómenos de la naturaleza adquieren en sus poemas un grandioso significado emocional,

elaborados por el concepto, depurados por la cultura, embellecidos por la pureza del lenguaje.

Pero, ¿en dónde radica esa impresión que la obra de Maya nos produce, ese sentido de equilibrio que hace de él un clásico no obstante sus atrevimientos formales y la novedad de sus imágenes?

Es que en muchos poetas colombianos ha habido cierto pudor esteticista que obliga a velar la emoción. Cierta timidez del sentimiento que busca una expresión serena, casi inhumana para decir cosas humanas profundamente sentidas.

Aunque parezca paradójica, la belleza acabada, lograda, casi pudiéramos decir, premeditada, le da a la obra de Maya un sentido de evasión. Esta pausada vibración escuda al poeta, lo defiende de la vida. Lo aleja también de los demás hombres que generalmente no saben imprimirle a su sensibilidad el ritmo moderado de lo clásico. Maya no es el poeta para aprender de memoria, no es el juglar que nos entrega aquellos versos que solemos repetir en momentos de desesperación, de ternura o de angustia.

Lo mismo que Guillermo Valencia, Maya no recoge nuestra pequeña voz humana sino la voz lejana de los antiguos dioses.

Lo que vengo diciendo no resta mérito literario ni a unos ni a otros.

He dicho que el poeta colombiano se fuga por diversos caminos, desdeñando interpretar clara y sencillamente nuestra poesía colectiva. Con excepción de Barba Jacob y de algunos más, el poeta colombiano no se entrega, no nos da esa desnuda emoción de las pasiones elementales.

Y, sin embargo, qué comprensión atenta de la vida existe en estos versos de Rafael Maya:

*“Oh lento florecer  
del mundo. Oh primavera siempre fiel.  
Oh dicha de creer  
en Dios y en la mujer”.*

Pero la poesía se hace abstracta, concepto puro, medida

y ritmo literarios, y el poeta se aleja voluntariamente de la expresión directa y humana.

En León de Greiff el caso es bien distinto. Su fuga de la vida se verifica por caminos contrarios. Hay en él un dolorido acento, un gran temblor inicial, un como deseo de entrega frustrada.

Deriva hacia el humorismo, hacia la musicalidad formal, hacia lo arbitrario su gran fondo humano. En ocasiones expresa él mismo su temor hacia la vida, nos da la clave íntima de su originalidad y su eucolalia.

*“Juego mi vida, cambio mi vida,  
de todos modos  
la llevo perdida.....  
Y la juego, o la cambio por el más infantil espejismo,  
la dono en usufructo, o la regalo.....  
La juego contra uno o contra todos,  
la juego contra el cero o contra el infinito  
la juego en una alcoba, en el ágora, en un garito,  
en una encrucijada, en una barricada, en un motín;  
la juego definitivamente, desde el principio hasta el fin,  
a todo lo ancho y a todo lo hondo  
—en la periferia, en el medio,  
y en el subfondo.....  
Juego mi vida, cambio mi vida,  
la llevo perdida,  
sin remedio”.*

León de Greiff evita la vida por los caminos de la música como quien teme a la palabra por lo que ella significa de sinceridad, por lo que ella expresa directamente lo que se siente y piensa y sufre. En el fondo es De Greiff un gran romántico que se burla de su romanticismo. Hubiéramos querido ver a este poeta frente a frente con su poesía tan humana y tan deshumanizada a un mismo tiempo.

Una cita más para corroborar lo dicho:

*“Yo sólo quiero andar, errar,  
—viandante indiferente—  
andar, errar, sin rumbo.*

*¿A qué buscar inútiles, efímeras tensiones fatigadas,  
que anublan las sienas serenas?...  
¿Qué me dice la tibia cántiga de las donas?  
Palabras sin perfume. Música blanda. Cráteras vacías.*

*Yo sólo quiero errar, andar,  
—viandante indiferente—  
andar, errar de la mano del viento”.*

Individual y hosco, León de Greiff rechaza la vida. Casi podría haber firmado aquel verso de Valery: “El universo no es más que un defecto de la pureza del no ser”.

Eduardo Carranza se evade hacia lo alto. No es la belleza de Maya ni la tímida angustia de De Greiff. Hay audacia y aventura en la poesía de Carranza. Es una poesía feliz que a veces se complace en ligeras piruetas, en infantiles retozos. Diáfano en el sentimiento, busca la gracia más que la belleza y un aire de azucenas y jazmines rodea su mundo artificial. Es humano a su modo, dentro de su emoción gozosa que mira indiferente el sentir cotidiano de los demás mortales.

Trino, canción, madrigal, a veces quisiéramos que llenara su voz una savia más profunda recogida en el dolor y en la pasión heroica.

*“Pensar en ti es azul, como ir vagando  
por un bosque dorado al medio día.  
Nacen jardines en el habla mía  
y con mis nubes por tus sueños ando.*

*Nos une y nos separa un aire blando,  
una distancia de melancolía;  
yo alzo los brazos de mi poesía,  
azul de ti, dolido y esperando.*

*Es como un horizonte de violines  
o un tibio sufrimiento de jazmines,  
pensar en ti, de azul temperamento.*

*El mundo se me vuelve cristalino,  
y te miro entre lámparas de trino,  
azul domingo de mi pensamiento”.*

Carranza representa una modalidad distinta, pero permanece tan alejado como los otros. Crearse un mundo propio, de azul encantamiento, poblado de ágiles niñas y ternas mariposas es evitar la vida en lo que ella tiene de real y doloroso.

Sin embargo, la actitud vital de los últimos poetas nos hace concebir esperanzas. Ya no se encastillan en su torre de marfil, sino que se presentan a la lucha. Arrastrados por la intranquilidad ambiente se apasionan y luchan por lo que los demás sienten y defienden. El intelectual no evita ya la vida, antes bien, exige su puesto en ella.

Un torbellino de banderas convulsionó el aire sereno del puro pensamiento. Un resplandor de espadas desveló la tranquilidad del sueño. El poeta, cogido en esta ráfaga de odios e intereses, perdió su solitaria importancia. Es la hora de actuar, no de pensar. Ya asoma una nueva poesía sacudida de ese temblor humano que produce la confrontación de lo ideal con las realidades inevitables.

Si bien es verdad que para nosotros no existe esta grave situación, que otros países sí confrontan, no podremos evitar la influencia universal ni las consecuencias indirectas que tal estado de cosas nos acarrea.

La poesía volverá a ser la expresión directa del pensamiento. La entrega sin pudores de la propia emoción. La humanidad está enfrentada crudamente, sin evasivas, a sus problemas fundamentales. El poeta no podrá permanecer indiferente a esta manera descarnada de la vida de hoy; volverá a ser hombre y no solamente poeta. Interpretará la vida de los otros porque será su propia vida. Dejará de ser una evasión, una ruta de silencio y se tornará nuevamente en himno, en oda y en canción.

Alguna vez dije, refiriéndome a América, que sobre el continente geográfico reposaba un continente poético que está por descubrir. El hombre y el paisaje americanos pugnan por expresarse desde hace muchos años y buscan una voz auténtica que los recoja. Rivera, Gallegos, Guiraldes, le dieron su novela. Chocano, Barba, el mismo Rivera y tantos otros, han oído a través de su historia la voz profunda de la tierra. Pero nosotros esperamos el gran poeta nacional, de ahora, el que nos diga el momento presente de la tierra y de la Patria.

Una estrecha vinculación reúne en un solo haz la poesía española y americana. Desde 1930 hemos vuelto los ojos a España y España los ha vuelto a nosotros. Neruda viene a ser tan de España como García Lorca, y una misma línea de concepciones literarias se extiende por todos los países de habla española.

La tragedia de la península tendrá que influir decisivamente sobre nosotros. Nuevamente orientados hacia la literatura de España, su eclipse de ahora habrá de desconcertar las inteligencias nuevas. Juan Ramón, el gran Maestro de la nueva poesía, pasea su nostalgia por tierras de Cuba, escribiendo reminiscencias de su obra delicada y sutil; Salinas regenta su cátedra norteamericana; Alberti se halla enfermo y fugitivo. Desaparecidos García Lorca y Antonio Machado, queda como grupo actuante el grupo falangista, en el cual Pemán, Manuel Machado y Luis Rosales llevan la primacía.

Pero el maestrazgo de este gran conglomerado de autores dejará de ser operante. Las condiciones históricas han variado fundamentalmente y su poesía no ha de ser ya la misma. Una civilización en donde el mármol fue reemplazado por el estuco tiene que perecer irremisiblemente.

Quedan, pues, los maestros americanos. Neruda mismo representa, en el fondo, algo distinto a sus amigos europeos. Si bien hay en él mucho de "truco", se libra del gorgorito y la filatura, de esas exquisiteces que han creado en muchos de los poetas nuevos un moderno tipo de deporte: el deporte imaginativo.

Es verdad que la necesidad de formular un lenguaje no

corriente, no cotidiano, digno del canto, es lo que genera la poesía. Pero estamos lejos de considerar que la palabra pueda tener ese sentido Valeryniano de ley dictada a la naturaleza, de arbitraria imposición de la inteligencia. La ocasional rudeza de Neruda llega en ocasiones a parecer tan falsa como la delicadeza de otros poetas. La poesía, según el ejemplo de Ronsard y de Virgilio, es la exaltación de todas las energías que animan nuestro sér. Es, pues, esencialmente creadora, no destructora o hermética como han buscado hacerla la mayoría de los poetas modernos.

Nos ha tocado ver la inquietud con que las gentes de letras esperan este instante de renovación. El vislumbriamiento de un valor nuevo que pueda significar una nueva orientación, es recibido jubilosamente. La aparición de Bernárdez o Luis Rosales, produce en nuestro mundo intelectual una no disimulada sensación de esperanza. Un hecho doloroso se va generalizando: los poetas están cansados de sus propios versos.

Este fenómeno es natural y explicable, si se considera que la nueva poesía no corresponde ya a la inquietud de los poetas. Estos, como hombres, lo dijimos anteriormente, han reclamado su sitio en la vida, mientras que, como poetas, siguen haciendo linduras, poesía pura, que como anota Rousseau, es más pura de lo que se cree, porque es el fruto de una virginidad apasionada.

Ya en un estudio sobre el romanticismo francés escribía Monsieur Reynaud: "el aire que le hace falta a nuestra literatura, es, a no dudarlo, aquél que pasa libre y ancho sobre las hierbas, sobre las tierras, sobre los campos de la tierra natal, sobre el alma entera de nuestro pueblo y de nuestra época".

El grupo español de García Lorca, Salinas, Diego, Alonso, y tantos otros, había abandonado parcialmente su posición de huida. Tuvo temblor humano, fuerza trágica. La poesía y el teatro se orientaban hacia el momento histórico y se regresaba a lo elemental, a los resortes íntimos de la pasión. Se cultivó el romance, forma sencilla y auténticamente popular. Pero se siguió buscando lo lindo, sutalizando imáge-

nes gongorinas, buscando en la intelectualización un último camino para la fuga de la vida.

El mismo García Lorca, el más humano de todos ellos, tiene versos como éstos, en donde expresa este anhelo de evasión:

*“El cielo tiene playas donde evitar la vida,  
y hay cuerpos que no pueden repetirse en el alba”.*

El hombre seguía siendo un mecanismo interesante, apasionante, en ocasiones, pero nada tenía que ver el poeta con sus fuerzas motores, con sus orígenes esenciales.

Toda época tiene los clásicos que se merece, y una época de caos había de producir necesariamente esta fuga hacia la inteligencia.

¿Qué nos dejará el mundo moderno? La poesía misma ha pasado a ser inactual. Los intelectuales hacen las revoluciones a costa de su propia obra. La revolución rusa produjo una extensa y valiosa literatura revolucionaria que no se repitió una vez triunfante la revolución. Italia y Alemania no dan ahora al mundo nada, literalmente. Francia e Inglaterra nos orientan pobremente. ¿Sucederá en España un fenómeno parecido?

Y entre tanto, América, Colombia, buscan nuevos caminos, sin hallarlos. Quizá en el Sur, —Chile y Argentina—, se van tomando más claramente posiciones. Bernárdez pasó de Góngora a Garcilaso, mientras Neruda alza un estandarte de poesía social.

No sería demasiado aventurado hablar de un nuevo romanticismo americano. Lo romántico corresponde tan perfectamente a nuestro carácter individualista y sentimental que quizá ningún movimiento literario arraigó tanto en la conciencia americana. Poetas tan distintos como Bernárdez, Neruda y Carranza han explotado de preferencia temas románticos:

Dice Bernárdez:

*Estar enamorado, amigos, es padecer espacio y tiempo con  
(dulzura;  
es despertarse una mañana con el secreto de las flores y las  
(frutas.*

*Es libertarse de sí mismo y estar unido con las otras criaturas.  
Es no saber si son ajenas o sin son propias las lejanas*

*(amarguras.*

*Es remontar hasta la fuente las aguas turbias del torrente de  
(la angustia.*

*Es compartir la luz del mundo y al mismo tiempo compartir  
(su noche oscura.*

*Es asombrarse y alegrarse de que la luna todavía sea luna.  
Es comprobar en cuerpo y alma que la tarea de ser hombre*

*(es menos dura.*

*Es empezar a decir siempre y en adelante no volver a decir  
(nunca.*

*Y es, además, amigos míos, estar seguro de tener las manos  
(puras.*

De Neruda y de Carranza tendríamos que citar libros enteros: “Veinte poemas de amor y una canción desesperada”, del primero, y “Canciones para iniciar una fiesta”, del segundo.

El mismo León de Greiff, ¿no es acaso un gran romántico?

Nosotros tendremos una literatura propia cuando ella se halle de acuerdo con las necesidades de la vida, cuando afirme, cree y suscite nuevas energías, cuando logre unir las almas en sentimientos comunes.

La poesía es necesaria. Mucho se ha dicho de Colombia como tierra de poetas. Y sin embargo, si contemplamos el panorama literario nacional, muy pocos son los que logran entusiasarnos. La imitación, el retoricismo o la fuga de la vida de los más selectos, nos dejan sin interpretación posible en la caudalosa versificación colombiana.

¿Cuál es el poeta que logra unirnos en sentimientos, que levante nuevos ideales, que afirme, cree y suscite nuevas energías? En otro tiempo Colombia tuvo para sus poetas una consagración popular. Las obras del espíritu enaltecían tanto o más que los éxitos políticos. Y si bien es verdad, que éstos favorecieron en ocasiones muchos prestigios literarios, figuras como la de Silva obtuvieron la consagración y la fama sin necesidad de intervenciones sonadas en el ajetreo democrático.

Pero posteriormente a las grandes figuras del siglo pasado y de principios del presente, desde los centenaristas hasta los últimos, el poeta y, en general, el intelectual, permanece al margen del entusiasmo colectivo y apenas si su nombre es medianamente conocido entre las minorías cultivadas. Aún éstas sienten cierto desvío hacia el intelectual. Nombres como los de Maya, De Greiff, Vidales, Carranza, Llanos, Vargas Osorio, Rojas, apenas si son conocidos por gentes que trajinan sin embargo la prensa diaria en donde aparecen con frecuencia.

Podemos preguntarnos si este desvío del público hacia las obras de la inteligencia, no se lo han buscado los mismos autores. No todos, claro está, pero el ambiente, en mucho injusto, de que se ha rodeado la literatura nueva ha hecho que el público la mire con indiferencia, sin hacer excepciones. Y sin embargo, ¡qué caudal poético extraordinario existe en la nueva poesía colombiana! Si en esta disertación se ha criticado su alejamiento de la vida, no sobra decir en ella cuántas posibilidades encierra, cuánta riqueza de fondo, cuánta inteligencia y sensibilidad! Quizá el autor abandonado del público, falto de ambiente para su obra, ha sido obligado a su vez a refugiarse en regiones inaccesibles. Depende, pues, también de aquél, la humanización futura del poeta.

Es necesario llegar a una nueva coordinación entre el público y la poesía; despertar nuevamente, con un calor de humanidad, la simpatía y la comprensión entre el pueblo y el poeta. Salvar del aislamiento a autores y lectores creando un vínculo fuerte de entusiasmo y apoyo para quienes trabajan por la cultura.

La literatura no es una obra independiente del medio en que se crea. Ella lo interpreta, es influida por él, y lo influye decisivamente. Una gran poesía corresponde siempre al despertar de un pueblo. La poesía crea patrias tanto como las armas o el esfuerzo de los gobernantes.

Y nosotros, que apenas si comenzamos a formar una verdadera nacionalidad, debemos clamar por la aparición de una poesía humana, grande y colombiana.

**GERARDO VALENCIA**

